

BANANA YOSHIMOTO  
EL LAGO

Traducido del japonés por Lourdes Porta

TUSQUETS  
EDITORES

El lago

El primer día que Nakajima se quedó en casa soñé con mi madre muerta.

¿Sería porque compartía habitación con alguien por primera vez en mucho tiempo?

La última vez había sido en el hospital, había dormido con papá y mamá en el cuarto de mamá.

Yo abría los ojos a cada instante y, tras comprobar con alivio que mamá aún respiraba, volvía a cerrarlos de nuevo. En la clínica, el suelo estaba sorprendentemente polvoriento y yo me quedaba mirando la borra que se depositaba siempre en el mismo sitio. Tenía el sueño poco profundo y al despertar oía de forma invariable los pasos de las enfermeras que recorrían el pasillo. Entonces me asaltaba una sensación extraña: «Aquí, en la clínica, rodeada de moribundos, estoy más segura que fuera».

Cuando estás en el fondo del abismo, encuentras en él un consuelo especial que no se halla en ninguna otra parte.

Soñé con mamá por primera vez tras su muerte.

Antes se me había aparecido en alguna ocasión, a retazos, en duermevela, pero su presencia jamás había sido tan larga y tan clara, así que tuve la impresión de haberme reencontrado con ella, de verdad, tras una larga ausencia.

Tal vez resulte extraño referirme de este modo a una persona muerta, pero fue así como lo sentí.

Podría decirse que mamá tenía dos caras. Daba la impresión de que ambas iban y venían en su interior como si fueran dos personalidades distintas.

Por una de sus caras, mamá era una alegre y extravertida mujer de mundo, hedonista, sofisticada; por la otra, era delicada y sensible como una flor que se mece al menor soplo de brisa, siempre a punto de perder sus pétalos.

La faceta en la cual se mostraba parecida a una flor no era fácil de comprender, y mamá, siempre pendiente de los demás, sólo cultivaba su imagen más resuelta y animosa. La regaba con mucho amor y la abonaba con la aprobación de quienes la rodeaban.

Mamá me tuvo a mí sin haberse casado con papá.

Papá era el presidente de una pequeña compañía de comercio exterior de una ciudad, también pequeña, de las afueras de Tokio, y mamá era la razonablemente guapa propietaria de un club de lujo en los barrios de ocio de esa pequeña ciudad de las afueras de Tokio.

Cierta noche, papá acabó en el club con unos clien-

tes de la compañía y se enamoró de mamá nada más verla. A mamá también le gustó mucho papá. Al cierre, fueron juntos a un restaurante de cocina coreana y, entre grandes carcajadas, pidieron un montón de platos y se los comieron en muy buena sintonía. Papá volvió al club la noche siguiente, y la otra, incluso los días que nevaba se convirtió en un cliente asiduo; y dos meses después ya eran novios. Que tardaran dos meses, habiéndose conocido como se conocieron, le confiere al noviazgo visos de autenticidad.

«¿Y por qué os reíais tanto?», les preguntaba yo a veces. Tanto papá como mamá me respondían siempre al unísono: «Allí jamás tenían clientes japoneses. Era el único sitio que encontramos abierto, de madrugada, después de andar vagando por las calles. Como no entendíamos una palabra de la carta, pedimos lo primero que se nos ocurrió y empezaron a traernos platos y más platos que no conocíamos, a cual más picante y en cantidades mucho mayores de lo que imaginábamos. ¡Vamos, que era para troncharse de risa!». Eso era lo que ellos me contaban, pero seguro que aquella no era la razón.

Yo creo que se reían de puro alborozo, por la felicidad que sentían de hallarse el uno frente al otro. A pesar de que por la presión social debieron de pasar lo suyo, ante mis ojos se mostraron siempre enternecedores. Se peleaban a menudo, pero sus disputas parecían más bien riñas de niños.

Como mamá deseaba hijos, enseguida se quedó embarazada de mí, pero nunca se casaron. Y eso que

papá —tampoco esto es lo habitual— no tenía ni esposa ni otros hijos y todavía sigue sin tenerlos.

En realidad, la oposición de su familia hubiera sido tan enconada que papá prefirió, simplemente, mantener a mamá al margen, y así crecí yo, como hija natural a los ojos del mundo.

Una historia corriente. Pero como papá pasaba más tiempo en casa que fuera, jamás me sentí abandonada.

Sólo que yo estaba harta, asqueada en lo más hondo de mi corazón de todo lo que me rodeaba. No puedo negarlo.

Harta de aquellas calles, harta de aquella situación. Harta de todo. Quería olvidar. Aprovechar la muerte de mamá para irme de allí y no volver la vista atrás. Aparte de papá, nada me retenía ya en aquella ciudad. El piso donde mamá y yo habíamos vivido, papá lo vendió enseguida para evitar disputas familiares e ingresó el dinero en mi cuenta. A mí aquello me pareció algo así como una indemnización y no me gustó, aunque, a la postre, ésa acabó siendo la herencia de mamá. Y nada más. No quedó absolutamente ningún vestigio de mi presencia en aquellas calles, pero eso a mí no me causó tristeza alguna.

Por ejemplo, cuando durante el día me acercaba al club de mamá, la penumbra y la suciedad del local, el tenue olor a alcohol y tabaco que flotaba en el ambiente me hacían sentir un vacío inmenso. Cuando trajeron de la tintorería los llamativos vestidos de mamá, me parecieron, a la luz del sol, terriblemente vacuos y frívolos.

Todos esos sentimientos tan enmarañados eran los mismos que albergaba hacia aquella ciudad.

Y ahora, a punto ya de cumplir los treinta años, todo sigue igual.

La última vez que vi a papá se me quedó mirando, a mí, que he acabado pareciéndome a mamá, con lágrimas en los ojos.

—¡Justo ahora íbamos a empezar a vivir! Soñábamos con una vejez tranquila, viajando juntos de aquí para allá. Queríamos dar la vuelta al mundo en barco, ¿sabes? ¡Ojalá lo hubiésemos hecho en vez de estar nos siempre con qué pasará con mi trabajo, o cómo voy a faltar al club!

Papá aguantaba muy bien la bebida y era un hombre muy sociable, así que debió de pasar su juventud de juerga en juerga, o eso es lo que imagino, aunque dudo que mantuviera relaciones serias con ninguna otra mujer después de conocer a mamá.

Papá era un juerguista de pega que había acabado adoptando esa actitud —una simple pose— porque estaba convencido de que era así como debía actuar, pero, hiciera lo que hiciese, no resultaba creíble: es más, lo único que conseguía era parecer un provinciano, calvo, de mediana edad, con nulo atractivo sexual. Sin ninguna clase de estilo. De haberlo visto un auténtico *playboy* habría prorrumpido en carcajadas.

A pesar de ser, en el fondo, un hombre bastante simple, papá vivía constreñido por su posición social —aunque no parecía querer liberarse de ella—, vivía constreñido por el hecho de haber tenido que suce-

der a su padre en el negocio, e iba desempeñando sin convicción, mal que bien, el rol de presidente de aquella compañía comercial en aquella ciudad de provincias, el rol de hijo del señor feudal de la comarca. Al menos, ésa era la impresión que me daba a mí.

De toda su vida, mamá fue la única flor que olía a libertad.

El espacio que compartía con mamá jamás quiso mezclarlo con nada. Era como si el yo que estaba con ella fuera el yo que él hubiera querido ser realmente, y cuando volvía a casa, reparaba el tejado, cuidaba el jardín, salía a comer con mamá, me ayudaba con los deberes o me arreglaba la bicicleta.

Pero ellos dos jamás intentaron dejar la ciudad para encontrar su propia vida. Porque su vida consistía, precisamente, en vivirla juntos allí.

Lo que papá ahora más teme es que yo rompa mis lazos con él.

Más que un miedo real, creo que es una idea que roza a veces su mente como un escalofrío.

Piensa que es posible que yo, algún día, le diga: «Tú y yo ni siquiera llevamos el mismo apellido. A partir de ahora no seremos nada el uno para el otro».

De vez en cuando, sin más, me ingresa dinero en la cuenta o me envía comida. Lo llamo para darle las gracias. El miedo que lo atenaza me llega a través del auricular.

Una angustia que dice: «Tú y yo todavía somos padre e hija. ¿Es así? ¿Verdad?».



Yo le doy las gracias, acepto su dinero, pero jamás he pronunciado una sola palabra que asegure que nuestro vínculo como padre e hija vaya a prolongarse en el futuro. Porque no creo que en una relación como la nuestra sea necesario hacer algo semejante. Independientemente de cuáles sean las ideas que nazcan de su vago complejo de culpabilidad, y de cuáles sean mis propósitos —incluido el abandono—, papá seguirá siendo papá.

A mí, todo esto me resulta indiferente.

Llegado el caso, lo ayudaría de buena gana, pero cuando recibo de él algo tangible, lo cierto es que se me acercan personas a curiosear movidas por la envidia o el interés —aunque tengo muy claro que lo único que desean es husmear— y eso al final cansa.

Todo lo que me ligaba a aquella ciudad me producía hastío. Quería reducirlo a la mínima expresión.

No creo que papá y mamá lo vieran así, pero, a mis ojos, tenían una argolla sujeta a los tobillos que los encadenaba a aquella ciudad.

Por eso, para mí, la idea de huir había sido siempre prioritaria. Salir con un chico, formalizar las relaciones y acabar celebrando una gran boda en un hotel de aquella ciudad, o quedarme embarazada..., en todo momento fui consciente de que aquello representaría el fin. De modo que, mientras mis compañeras de clase se enamoraban inocentemente o soñaban con casarse, yo siempre mantuve la cabeza fría. Actué pensando en las consecuencias que podría conllevar cada uno de mis actos. Y, al terminar el instituto, me fui de casa con el pretexto de estudiar en Tokio.

Porque sufría la discriminación en mis propias carnes, una discriminación tibia pero indiscutible.

—Su padre será todo lo importante que quieras, pero ella no es más que su hija bastarda. La hija que él le hizo a la dueña de un bar.

Esa atmósfera me oprimía y el hecho de que papá sólo fuera conocido en aquella ciudad estrechaba aún más el cerco.

Cuando me fui a Tokio y me convertí en una vulgar estudiante de arte, me sentí tan ligera que me daba la impresión de que podía echar a volar en cualquier momento.

A ver a mi madre dentro de su ataúd sólo vinieron hipócritas movidos por la curiosidad, la fascinación y la envidia. Iban enfundados en sus trajes negros de rigor, investidos de una solemnidad postiza, con rostros falsamente compungidos y ojos acerados clavados en mamá... Mis sentimientos en aquellos instantes, el inmenso deseo de ponerme a bailar desnuda para acabar con aquella farsa, no los olvidaré mientras viva.

Sin que aquellas sucias miradas pudieran grabarse en su piel, el cadáver de mamá fue purificado por el fuego. Jamás hubiera creído que incinerar el cuerpo de mi madre me produciría un alivio tan grande. Las ropas que vestía mamá, su belleza, la magnificencia del funeral que papá organizó sin reparar en gastos: todo contribuyó a satisfacer la curiosidad de aquella gente.